

EL MINIATURISTA DON FRANCISCO MARIANO CABRERA ESCOBAR

Por: GUILLERMO GRAJEDA MENA

El maestro Francisco Cabrera, nombre con el que se conoce a nuestro famoso miniaturista, nació en esta ciudad capital el día 16 de septiembre de 1781, siendo bautizado en el sagrario de la Catedral con el nombre de Francisco Mariano Cabrera Escobar; sus padres fueron don José Cabrera y doña Rafaela Escobar; sin embargo, toda la vida se le ha llamado Francisco Cabrera, y muchas veces, solamente por su primer apellido, Cabrera.

A la edad de trece años este artista fue discípulo del maestro don Garci-Aguirre, quien fundó la Real Escuela de Dibujo de Guatemala, sobre las mismas bases de la Academia de Dibujo de la ciudad de Cádiz, que él tuvo el honor de fundar también en años anteriores. Luego Cabrera, cuando contaba apenas dieciséis años de edad empezó a trabajar en la Casa de Moneda, en el ramo de grabado, y como maestro corrector de la Real Escuela de Dibujo de Guatemala.

El día lunes 6 de marzo de 1797 fue inaugurado el local de la Academia de Dibujo de la Real Sociedad; en el reglamento de dicha escuela se establecieron dos premios mensuales consistentes en medallas de oro o dinero en efectivo. El día 25 de agosto de 1798 celebrando la Real Sociedad Económica el natalicio de la Reina María Luisa, esposa del Rey Carlos IV de España, en un acto especial se premió a Francisco Cabrera y a Casildo España, con medallas de oro por sus labores artísticas.

En el año de 1808, el 14 de agosto, en las vísperas de las festividades de la Virgen de la Asunción, patrona titular de la Ciudad de Guatemala, Francisco Cabrera se casó con doña María Josefa Estrada.

En ésta época, según dice Garavito “Cabrera es ante todo un admirable dibujante; con la misma soltura graba una esquila, un título, un mapa o pinta una miniatura...”

En su tiempo, el insigne doctor don Mariano Gálvez había dicho: “... los grabadores ciudadanos Calixto España y Francisco Cabrera han acreditado perfección de su arte, haciendo honor al país...” Y el inglés Henry Dunn, en 1828, a pesar de no haber podido confirmar lo dicho por Domingo Juarros, sobre las “preciosas esculturas” de Guatemala (por su ceguera de iconoclasta de tipo protestante), sí apreció en todo su valor las obras de Francisco Cabrera, pues en sus memorias de viaje dice: “Actualmente ellos (los artistas guatemaltecos) cuentan con un pintor miniaturista, autodidacta, quien por fielmente que trata a sus modelos, muy bien puede competir con cualquiera de los más famosos artistas europeos”.

La colección de grabados, que ha llegado hasta nuestro tiempo, confirma la pericia que tenía Cabrera como dibujante y grabador, pero allá por los años veinte, que fueron precisamente los años de efervescencia de la emancipación política, él se fue dedicando a las miniaturas y en ellas encontró el camino fantástico de sus expresiones estéticas. El público culto inmediatamente admiró sus trabajos y llenó su taller con múltiples encargos, éstos como es lógico, fueron retratos, porque en todo el mundo se acostumbra conservar la imagen de los seres queridos. En nuestro tiempo esto ya no tiene esa importancia por la sencilla razón de que contamos con la fotografía, pero en aquellos días, el hecho de tener en la sociedad un hábil retratista era una dicha.

De las manos de Cabrera salieron por cientos esas miniaturas, que ahora nos hacen pensar en lo difícil que es que un solo hombre haya pintado tanto retrato y con tan singular maestría, pero a pesar de haber sido tan solicitado, este artista murió tan pobre como Rembrandt.

El día 21 de noviembre de 1845, murió nuestro gran artista, rodeado de una pobreza pavorosa, legando a su hijo Cástulo y a sus discípulos Viviano Salvatierra, Justo y José Letona, Delfina Luna y Leocadia Santacruz, la luz fecunda de sus experiencias.

Hasta ahora solo estos datos escuetos sabemos de la vida de este singular varón, a pesar de haber tenido como escenario una época tan interesante como lo fue la de nuestra independencia. Todo lo demás lo deducimos por lo que encontramos en su obra y en su ambiente. Sólo colocándonos frente a sus miniaturas e introduciéndonos mentalmente en aquellos años es posible llegar al espíritu que hizo vivas estas pequeñas grandes bellezas. Y a propósito de pequeñas grandes bellezas, debemos hacer constar que la mayoría de nosotros casi ignoramos el verdadero valor de este tipo de obras de arte, y que, si las admiramos es sólo por la curiosidad que nos causan sus dimensiones. Es posible que esto suceda porque nuestra vida está llena desde la mañana hasta la noche de superlativos; como niños vivimos asombrándonos de los escándalos que nos da el cine, la radio, la televisión, los periódicos, las revistas y toda esa mecánica que nos intoxica con las cosas más altas, más fuertes, y más rápidas del mundo. Así vamos caminando con la cabeza llena de gigantes, muchas veces falsos, sin darnos cuenta de la belleza de las cosas encantadoramente pequeñas que otrora fueran expresiones interesantes de nuestros antepasados.

Es claro que el pecado no está en admirar las obras grandes, ya que muchas de ellas merecen nuestra atención, sino porque generalmente las admiramos por su tamaño.

Hay que poner mucho cuidado para saber apreciar, por ejemplo, la cabeza de la reina Nofretete, y decir con seguridad que es superior a la Estatua de la Libertad hecha por Federico Augusto Bartholdi.

La belleza está en la conjugación armoniosa de los valores plásticos y no en el tamaño de la obra, ya no digamos en el contenido, que puede o no existir, como lo vemos en el arte abstracto. El tamaño puede ser grande o pequeño, pero las secciones y el total de la obra, deben complementarse armónicamente; en eso está la fuerza expresiva de su carácter formal.

Cualquier miniatura de Cabrera puede ser agrandada fotográficamente, aun a una dimensión de tipo mural, y con ello se podrá comprobar que su carácter es inalterable, como prueba de su buena estructuración; la obra no pierde nada, cosa que no sucede con las obras que no tienen ese valor.

Además de esto, en las pinturas de Cabrera existe esa nota de buen gusto en el uso de los valores cromáticos y la gracia que solamente un espíritu refinado puede manejar en la ejecución de obras de arte.

Hacer un registro mecánico de las cosas que nos rodean requiere habilidad, hacer una interpretación de ellas no solamente requiere habilidad sino talento creador. Si Cabrera se hubiera dedicado a copiar simplemente el parecido de sus personajes, ninguna emoción nos causarían sus retratos; las damas y los caballeros que él pintó presentan una vida extraña; hay en ellos una atmósfera y una luz misteriosa que no existe en la naturaleza, es esa misma luminosidad fresca de algunos retratos de Goya.

Al hacer un estudio comparativo a través de la historia del arte, es con Goya con quien vemos la afinidad que hay en estos trabajos; no podemos hacer favorable el estudio comparativo con la obra de Luis David o con la de Juan Augusto Domingo Ingres, quienes eran los otros genios representativos de aquella época, y encontrar afinidad con Cabrera, porque en la obra de aquellos artistas domina la frialdad académica, por neoclásico, frialdad que Goya no tocó jamás.

Nos extrañamos encontrar parecido entre Goya y Cabrera porque Cabrera nunca fue a España y por lo tanto no tuvo a la vista ninguna obra de aquel pintor.

También nos extraña que con diferentes materiales hayan expresado casi las mismas emociones; Goya con la pintura al óleo y Cabrera con la acuarela, unos con grandes bastidores y el otro con pequeñas placas de marfil, y al final los dos artistas se encuentran con un número increíble de trabajos. Don José Milla y Vidaurre, al conmemorar el primer aniversario del fallecimiento de Francisco Cabrera afirma que el número de miniaturas pasó de mil.

Las damas y los caballeros de la época de la independencia desfilaron en el estudio de nuestro miniaturista, es decir, la flor y nata de aquella sociedad que ha sido descrita por los historiadores.

Al ver las miniaturas nos imaginamos al maestro a la luz trillante del alumbrado de velas y al calor de las charlas enciclopedistas de con Mariano Gálvez, de don Alejandro Marure, de don Pedro Molina y de tantos otros grandes patriotas, pensando en una patria nueva y libre.

A nuestro juicio, y dentro del reducido número de las obras que conocemos pintadas por Cabrera, podemos decir que las más bellas son los retratos siguientes: doña María Antonia del Carmen Sánchez de Perales y Aceituno de Guzmán (quien aparece resplandeciente en dos miniaturas), doña Clara Esponda, doña Dolores Ramírez Cervantes, doña Joaquina Arzú, doña Ana Josefa Durán, doña María Encarnación Batres Montufar y doña María Manuela Batres Montufar (hermanas de Pepe Batres), doña María Petrona Micaela Sánchez de Perales, doña María Manuela Sánchez de Perales, doña María Josefa Juliana del Corazón de Jesús Santa Cruz y Soto, doña Beatriz Jáuregui y Cobar, doctor don Mariano Gálvez, don Alejandro Marure, don José Francisco Córdova, don José María Palomo Montúfar, coronel don Antonio de Aycinena y Piñol, don Marcial Zebadúa y León, capitán general don José de Bustamante y Guerra de la Vega Rueda Cobo Estrada y Zorlando, don Mariano de Ycinena y Piñol, y don Isidro Felipe de Jesús María José de Cepeda y Coronado Chamorro y Lacayo de Briones.

Pero a pesar de haber dejado a la patria esa producción de arte de alta calidad, Cabrera murió en la pobreza y en la soledad, a tal extremo que sus restos mortales fueron llevados al cementerio por cuatro cargadores indígenas y dos o tres familiares y amigos.

No fue sino hasta el año siguiente de su muerte que la Sociedad Económica de Amigos del País, hizo justicia al pintor en un acto público en el cual don José Milla y Vidaurre pronunció una hermosa oración fúnebre.

Así pasó por este mundo ese genial artista que ilumina a Guatemala con la magia de sus obras: don Francisco Mariano Cabrera Escobar.